

La gente no habla en conceptos, a menos que quiera esconderse

Alfredo Molano Bravo

Resumen

Siendo fiel a mí mismo, quisiera reconstruir a grandes rasgos mi historia personal relacionada con una metodología de investigación social que suelen llamar “historias de vida” y que en otras ocasiones las llaman “memorias orales”. Tomo este camino porque me es más fácil reconstruir mi experiencia que exponer desarrollos y mediaciones teóricas o académicas para las que no estoy preparado o francamente olvidé.

Palabras Clave: biografía, historia personal, testimonio, lenguaje académico, violencia.

Abstract

Being true to myself, I would like to reconstruct, in general terms, my personal story related to a social sciences research methodology that is often called “life stories” and that in other occasions they call “oral memories”. I take this road because it is easier for me to reconstruct my experience than to present theoretical or academic developments and mediations, which I am not prepared to discuss or, frankly, I have forgotten.

Key Words: biography, personal history, academic language, testimony, violence.

Lo he dicho algunas veces y me excuso al repetirlo. Siendo joven, mi papá comentó sobre un novelista colombiano que leía –quizá José Eustacio Rivera–: “¿Por qué los escritores no podrán escribir como hablan?” En la universidad desprecié la pregunta. Durante aquellos años y otros más, defendí con vehemencia la ciencia social: comprender científicamente la sociedad era el primer paso para evitar los conflictos, la pobreza, la guerra y construir sobre ese fundamento la justicia, la armonía, la paz. No me estoy refiriendo sólo a los primeros años de facultad, cuando defendía la sociología como ciencia de la sociedad, sino al tiempo cuando con un grupo de estudio político, dirigido por Estanislao Zuleta, trabajamos a conciencia –línea a línea– a Marx, Freud, Nietzsche, Thomas Mann, para citar sólo los más admirados. Trazamos entonces con presunción una raya entre el conocimiento científico y la representación ideológica. Rescato hoy no la línea, pero sí la diferencia, sin darle tanto crédito a la identidad entre ciencia y verdad. Hoy pondero más la crítica nacida de principios éticos y estéticos, que las veleidades de teorizar el mundo social.

Después de algunas andanzas aventurero-utópicas me refugié un tiempo en la academia. Traté de enseñar y, sobre todo, de aprender. Algo quedó del intento, pero el divorcio entre el mundo cotidiano que me rodeaba y el estrecho argot conceptual era cada vez mayor. Comencé a sentirlo en las respuestas que un grupo de personas—llamado muestra—le daba a un entrevistador—llamado investigador—y la conversación libre que uno y otro tenían antes o después de la “aplicación del instrumento”. Para mí, el trabajo de campo valía por las numerosas perspectivas

que abría y las sorpresas que guardaba, y no por la información recogida. Que, por lo demás, una vez sistematizada, subrayaba de nuevo la diferencia con lo que en la trastienda los entrevistados dejan ver y permiten sentir.

Durante mi posgrado en París traté de aplicarme al estudio de la sociología rural, la renta de la tierra, la historia: Ricardo, Marx, Kautsky, Lenin, Tolstoi, Caballero Calderón y, claro está, Fals Borda, a quien hoy quisiera de nuevo rendir un homenaje. Planteado el requisito de la tesis, opté por un ensayo sobre la renta de la tierra en una región que yo conocía desde niño: los Llanos orientales. El primer gran obstáculo era que en el país –y menos en el Llano– no existía un alimento, como el trigo en Europa, que influyera de manera determinante en la alimentación, el uso del suelo y la fijación de rentas agrarias. Pero, haciendo de tripas corazón, tomé el arroz por trigo. Habría podido también escoger la yuca, la papa, el maíz. Teniendo en cuenta el presupuesto y las dificultades del tema, definí una región: Granada, Meta; diseñé un formulario para la información cuantitativa y una guía de entrevista para la cualitativa. A los pocos días volvió a saltar la liebre: lo que la gente contaba por fuera de la relación formal era más intenso, más rico, más atractivo que la información que recogíamos por los medios “profesionales”. Los testimonios de la violencia y la colonización daban cuenta de la vida; de la historia personal y social; de la ocupación territorial; de las relaciones sociales entre colonos, terratenientes, comerciantes; de la explotación económica, y de la subordinación política. Eran testimonios llenos de fuerza, de matices, de trayectorias.

La verdadera crisis no se presentó en el trabajo de campo, aunque allí se hubiera insinuado, sino en el escritorio, cuando el contraste entre las dos informaciones se puso en evidencia. A un lado estaba la información fría; a otro, los testimonios grabados, digamos *off the record*, con sus colores, sus contradicciones, sus insuficiencias. No había caso. Me dejé seducir por los “cuentos” y fui abandonando la información. No del todo. Escribí un primer ensayo sobre la vida de un colono contada por sí mismo y elaborado a partir de varios testimonios. Se llamó Valentín Montenegro y arrancó a contar su vida así: “*Nací por allá en el año 17, para más veras en la vereda La Yuca, donde canta el Currucucú y se amaña Bermúdez. Bermúdez sabía salir solamente cuando la luna alumbraba los yarumos, montado en un caballo que era su mera sombra*”. Luego, para ser políticamente correcto, elaboré otro sobre un empresario agrícola exitoso, que llame Don Juan. Fue tal la seducción que causaban en mí estos personajes reales, que me dediqué a construir sobre fuentes secundarias su contexto: es decir, a escribir un ensayo sobre la violencia en el Llano desde el año 48 y sobre la represión y el desarrollo regional a partir de los años 50. Violencia y desarrollo, ejes sobre los que gira nuestra historia, con lo que no hacía más que refrendar la distancia entre la pretendida renta de la tierra para explicar la región, y los meandros de las historias personales que contaban los colonos.

Presenté mi tesis para el grado de Tercer Ciclo al tutor, Daniel Pécaut, conocido por todos nosotros. Teníamos una amable relación personal. Tardó un tiempo en darme su concepto: “He remitido su trabajo al especialista en historias de vida y él me ha respondido que no logra distinguir entre lo que es real y lo que es imaginario”. Con ese comentario tan francés comenzó para mí una larga y, creo, no finalizada polémica. De entrada no cabía duda del sesgo epistemológico. Yo lo aceptaba y lo acepto. Más aun, no lo demerito, sino que lo valoro altamente. Pero, más allá del positivismo rampante, la cuestión tocaba tangencialmente un tema ético: ¿Había algo *inventado* en mis personajes? Yo tenía la certeza de no haber usado la imaginación más allá de la invitación que Wright Mills había hecho: la relación entre la biografía y la estructura social, y me preguntaba si la observación de Pécaut no iba dirigida más bien a cuestionar la orfandad de citas de autoridad de mi discurso. ¿Quién podía probar que lo dicho por Valentín o por Pedro Cruz o por Carmen García era cierto, textual y exacto? Y, sobre todo, para qué, si la frase, el párrafo o el relato podían dar cuenta parcial—no parcializada—de una realidad. Dicho de una vez: ninguno de los testimonios que usé para construir los dos personajes—Valentín y Juan—era falsificado, todo fragmento guardaba una relación íntima con el contexto y ninguno había sido sacado por las orejas del cubilete de un mago. No obstante, Pécaut podía tener razón en un punto: los dos personajes eran imaginarios en el sentido de que ninguno de los dos hubiera tenido exactamente la experiencia que relataba. Juan y Valentín eran prototipos, algo así como ‘tipos ideales’ construidos no socialmente, como enseñaba Weber, sino biográficamente. El alegato no ha terminado.

En un rasgo de indignación por las sugerencias flotantes que dejaba Pécaut, opté a conciencia por cavar en la fosa que nos separaba. Recuerdo muy bien ese momento: ¿Aceptaba yo la crítica académica y reformulaba la tesis de grado, u optaba por seguir mi camino y renunciaba al título? Hay decisiones trascendentales que pesan o cuestan. Elegí el método que permitía una comprensión más real y más popular de los fenómenos sociales. En esos días redactaba *Los Bombardeos de El Pato* y trabajaba con el CINEP. Es un cuento que cuento a menudo. El Pato había sido una de las llamadas por Álvaro Gómez *Repúblicas Independientes*, que no eran más que regiones donde los campesinos—comunistas unos, liberales los más—resistían medio armados la represión del Frente Nacional. Hacia 1980, el gobierno de Turbay reinició la persecución y bombardeó la zona. Los campesinos se tomaron Neiva. Fuimos con Alejandro Reyes a hablar con ellos. Muchas voces oímos. A mí me impresionó la historia de una anciana rodeada de nietos que con una fuerza extraordinaria condensó la historia de 50 años en un par de horas de grabación. Regresamos a Bogotá. Leí muchas veces las transcripciones; subrayé frases; anoté interrogantes; puse puntos, comas, puntos y comas, pero no sabía cómo armar ese gran fresco desvertebrado que la mujer nos había transmitido. Desesperado por el plazo de entrega del informe, cancelé la búsqueda y me consumí en la redacción de un relato a la manera como había hecho con Valentín y Don Juan. Es decir, utilizando la primera persona y un personaje para relatar no sólo lo que él me había contado, sino lo que otros me habían contado. Podría haberlo narrado en tercera persona y haber ordenado fragmentos seleccionados de otra entrevista para ensamblar un conjunto con introducciones y conclusiones. La primera opción era dejarme

llevar de la mano de los personajes a donde fueran; la segunda, llevarlos de la mano al salón de clase para hacerlos hablar un lenguaje formal, acreditado por la academia y de buen recibo en los auditorios. *Los Bombardeos del Pato* me libraron de la culpabilidad de haber dejado inconcluso el sueño de mi familia: un cartón en pergamino con sellos, firmas, lacres.

Por la misma época, Michel Taussing, un conocido antropólogo, profesor de Columbia University, me propuso hacer un trabajo sobre La Violencia, tema que los llamados “violentólogos” habían puesto de moda al iniciar el gobierno de Belisario Betancur. La Violencia tenía una amplia bibliografía bien como ensayos sociopolíticos, bien como novelas, pero la materia prima, los testimonios, eran relativamente escasos y, lo más grave: la gente que la había sufrido era ya vieja y mucha había muerto. Le propuse a Taussing recoger testimonios y editarlos como historias de vida. Él conocía *Los Bombardeos del Pato* y rápidamente consiguió los recursos económicos. Los recogí, ayudado por varios asistentes en Valle, Tolima, Caldas y Boyacá, regiones donde la violencia había sido especialmente sangrienta. En poco tiempo tenía las transcripciones en mi escritorio. Cerré la puerta de la oficina y volví a mi técnica: leer, leer mucho, empaparme desordenadamente de los testimonios; seleccionar personas que como las cebollas, tuvieran muchas capas y como la nuez, escondieran la semilla; entrevistas con cuerpo que permitieran enlazar otras historias y, sobre todo, personajes que sirvieran para contarlas. Era como vestir un cuerpo desnudo o ponerle carne, piel, ojos a un esqueleto. Su trayectoria no era modificada, era textual, digamos, y a través de su propio relato agregábamos—yo y él—fragmentos de otras historias como si nos las hubieran contado. Ese *como si* fue lo que Orlando Fals llamaría método de la “imputación”, término que me dio mucha brega entender. Es lo que quizá Pécaut entendió como una falsificación de buena fe. ¿Cómo seleccioné los cuerpos a vestir? ¿Esos ejes sobre los cuales giraría el relato? Confieso que de entrada unos personajes me atraían más por su pasión, por la fuerza de su palabra o por la cantidad de información que me daban en la entrevista. Algunas mujeres me enamoraron por su ritmo al hablar, por su picardía o simplemente por la manera de soltarse la trenza. Y ahí comenzó una especie de seducción mutua que me llevaba a transformarme mediante la primera persona en la otra y a la vez a admitirla como parte mía. Sé que esta afirmación me sitúa en un campo subjetivo, que no es lo mismo que hablar de una posición parcializada. Sobre el particular tengo un solo argumento: nadie puede contar algo despojándose de sí mismo. Ni siquiera en un raciocinio matemático. Yo reivindico la subjetividad como parte esencial de la mirada histórica. Penetrar en un personaje equivale a vivirlo, y es imposible hacerlo sin una íntima fusión de sensaciones. De alguna manera, la lucha está en permitirse ser alojado y al mismo tiempo alojar al personaje. Quizás esto sea literatura y no sociología, lo concedo y lo defiendo. No en mi trabajo, pero sí en mi intención. Una palabra marginal sobre el punto: escribo con más soltura como mujer —lo descubrí en Ana Julia—que como hombre. Lo explico: entrar en un personaje es también descubrir lo que hay de él en uno. En este caso, de ella.

Todo personaje es fragmentario y por tanto de alguna manera complementario de otro que ha vivido experiencias históricas similares. El yo de la primera persona que relata es al mismo tiempo el nosotros que es relatado. ¿Cómo selecciono de

un universo de entrevistas un fragmento determinado? ¿Cómo justifico su pertinencia? De la misma manera como yo voy derivando conceptos de categorías, variables de conceptos, etc., lo que implica, desde luego, unos criterios que otros llaman marco conceptual. Lo que yo hago, sin más, es lo que hace un director de orquesta: dejarse ver sin ser oído. La gente no habla en conceptos a menos que quiera esconderse. La gran satisfacción de escribir los relatos, y al mismo tiempo su piedra de toque, es la reacción de los entrevistados cuando se leen y se encuentran en ellos, a pesar de que digan: “No, yo no estaba vestido así sino así, el caballo no se llamaba Corsario sino Pirata”. Pero, además, agrego otra gran satisfacción: escribirlos. Sé que escribir es jugarse frente a sí mismo, desnudarse, como también hacerlo frente a los demás. Sospecho que ese reto es el sabor de la escritura y lo que la hace apasionante. No sé si uno puede sentir tal compromiso emocional cuando escribe sobre la renta de la tierra. Una palabra más sobre este punto: la intelectualidad suele poner de moda el lenguaje académico, abstruso y seco. Los profesionales añaden a este producto otro ingrediente, una terminología políticamente correcta. Habría que decirlo algún día: es un lenguaje creado deliberadamente para decir poco y decirlo sin molestar a nadie, sin implicar a ninguna institución. Es una especie de dialecto usado por Naciones Unidas, adoptado por las agencias de cooperación internacional, por los gobiernos y, lo más peligroso, por los profesionales que trabajan con la gente. Peligroso en un sentido: a veces es adoptado también por el pueblo, lo que contribuye a sepultar su memoria porque la gente no tiene acceso a ese lenguaje, no puede expresarse a través de él.

A la gente hay que llegarle al hueso, a su almendra. Hay que ayudarle a despojarse de sus ataduras y representaciones. Más allá de la envoltura, a veces blindada, está la persona que interesa. La real. Es ella la que tiene que hablar para que la palabra del escritor sea su palabra. Ello significa para el que llega estar abierto a escuchar cada sílaba, cada coma, cada gemido. No es fácil porque se anda—se vive—atrincherado en conceptos, prejuicios y sanciones condenatorias o alabanzas rendidas. Suprimir los juicios sobre sí mismo y los prejuicios sobre los demás es la primera y más poderosa dificultad de la escritura. El que llega es presuntuoso, llega desde arriba, llega a llevar. Bajarse de ese pedestal imaginario es ponerse al alcance de la mano y así lograr la condición de ser “objetivo”. La identidad, entendida como igualdad de planos, es el punto de partida para comprender, reconstruir y, al fin, explicar sin necesidad de disculparse apelando a lo conceptual. El intento biográfico nace en esa condición. A partir de allí es necesario regresar al contexto tal como la gente lo vive, lo percibe, lo entiende. Es el estribo del puente que hay que tender hacia esa otra dimensión, la social. Puente que se va construyendo con el conjunto de experiencias de la gente que nos interesa *ver*.

Sabemos desde hace tiempo que una cosa es la investigación y otra la exposición. Vale. La investigación nos lleva al hueso y al puente. La exposición es, para mí, la escritura. Pero la escritura no es la mera edición, y menos aun la ‘textualización’. No se trata de transcribir, sino de escribir y así, la escritura se convierte también en investigación. En una relación profunda con otra persona hay muchos aspectos que quedan escondidos y que afloran sobre el papel. No antes ni después. Saltan en la tinta y sobre el papel en blanco. O, para estar al día: en la tecla y la pantalla. Y no sólo aspectos del otro, sino de quien escribe. La escritura cuando

se toma como un ejercicio de vida o muerte—a pecho, digamos para ser menos trágicos—obliga a que el escritor ponga de sí y ponga a riesgo muchas cosas que de él ignoraba hasta ese instante milagroso en que entran en juego sus verdades. Hay un material secreto que está contenido en la relación social, casi podría decir, escondido, pero que sólo se hace real en la escritura. Por eso la escritura es también un ejercicio solitario. Frente al papel se está solo, pero bajo el peso de una carga que ha sido recogida en la relación con otra persona, con otras personas. No es fácil darle salida por la mano a ese peso. Se atropellan sensaciones, informaciones, datos; se agolpan unas queriendo salir, otras buscando quedarse. Las más, huyen. Por eso es necesario el eje, el personaje central que ayuda a que lo recogido sea escritura, vea la luz. ¡Qué hay subjetividad en este paso! No lo dudo. Lo acepto. Pero es una subjetividad originada en la intimidad de la relación y, podría agregar a riesgo de ser colgado, originada en la identidad no política, sino humana. Así podría yo, siendo en lo ideológico profundamente contrario y crítico del paramilitarismo, escribir sobre él desde esa entraña. Ahora mismo he terminado un libro de relatos titulado *Ahí les dejo esos fierros*, en el que dos historias son de muchachas vinculadas a las AUC. No creo que a esa subjetividad se deba renunciar. Por el contrario, se debe asumir porque es de alguna manera el alma del texto. Y una palabra más: en este punto se bordea lo que tildan los positivistas de *littérature*.

La palabra cotidiana, la palabra oral, el lenguaje de diario, íntimo, es bello de por sí. Tiene una belleza esquivada porque ha sido sancionada como vulgar, nacida en el vulgo, o sea en el pueblo. Es una sanción política. El lenguaje ordinario con el que hablamos con la mujer, con el tendero, con el policía, lo dejamos fuera de la academia. Lo que es una ganancia con la antigua exigencia dogmática de hablar en latín. Sin ser costumbrismo, que es una trampa aristocratizante, la manera de hablar de la gente, inclusive de los académicos cuando tienen que tomar un taxi, es bella. Diría que tiene ritmo, puntuación. En el campesino nuestro hay, además de exactitud, novedad, soltura, arcaísmos que embellecen aun más su testimonio. Es difícil para los afueranos oírlos porque se está condicionado a traducir a su propio lenguaje toda experiencia peregrina. No hablo sólo del campesino y del colono, del obrero o del hombre de la calle o de la mujer de la calle, hablo también del hampa, del malandro. Un sicario, más allá de la repugnancia que su profesión nos cause, tiene una palabra encantada, plagada de figuras, de metáforas crudas, de simbolismos implícitos. Sé que a veces se abusa de la palabra *gonorrea* en algunos textos y películas. Pero detrás de ella, y de otras, está la belleza que recogen Fernando Vallejo en *La Virgen de los Sicarios* y Víctor Gaviria en *La Vendedora de Rosas*. La belleza de la palabra cotidiana puede constituir el sumario para ser acusado de hacer literatura y no sociología.

Por último, me han preguntado en ese cuarto de siglo que llevo escribiendo “historias de vida” qué ha cambiado en la “metodología” que uso. Lo digo sin reticencias, con franqueza: he perdido el miedo a ser tildado de “hacer literatura”, y no porque no la haga, sino porque tengo la íntima convicción de que no falsifico a la gente. Más aun, la mirada literaria permite descubrirla. Dicho de otra forma: he perdido el miedo a la aventura, o mejor, el aventurerismo que me ha llevado a zonas de guerra, a cárceles, a infiernos que se han ido apoderando de mi escritura, y cada vez temo menos salirme del guión de la transcripción literal de

una entrevista. Hoy recreo ese material con algo que yo también tengo que decir, que aportar como personaje que también soy de la vida cotidiana. Al principio las historias de vida me servían para decir lo que la gente ocultaba por temor, o para decir lo que el miedo a mí me obligaba también a esconder. La escritura me ha librado de esos miedos, de esa cárcel conceptual, de ese clóset académico. La literatura, la poca que pueda existir en los relatos, no me pertenece. Mi trabajo consiste en ponerla al descubierto. Hay un sabor parecido al de la libertad en ese oficio.

Por el río bajaban las tarullas despacio, y el motor runruneaba y runruneaba. Medio dormido, me despertó un golpe sobre una de las bandas de la panga, era una

ola que casi nos hace dar el bote. Me restregué los ojos porque no entendía dónde estaba. El río se había vuelto una ciénaga muy grande. El marinero dijo: 'El golfo estaba picado', y diciendo eso aparece de porrazo el golfo, es decir, el mar. Me puse arrojado de verlo y sobre todo de olerle ese olor que viene de sus propias profundidades, me dio por abrir los brazos como los pájaros y por llorar como un recién nacido, sentí como si esa inmensidad me bañara la pena". De 'El Barco Turco', en *Desterrados*.

Mil gracias.

Bogotá, 4 de agosto de 2009

Notas

Agradezco a Tico, alma y nervio de este congreso; [XVI Congreso de la Asociación de Colombianistas, Charlottesville, agosto de 2009] a Virginia Bouvier, del US Institute of Peace; a Juana Suárez, de la University of Kentucky; a Liliana Madrigal, Vice President for Programs Amazon Conservation Team, y a Carolyn Cooley, de la Embajada de Estados Unidos en Bogotá, y demás colegas que han padecido conmigo el vía crucis de la visa a Estados Unidos, que continúa siendo tan aplazada como la audiencia pública final del proceso que se me sigue por injuria y calumnia. No quisiera entrar en el vínculo interno que relaciona estos asuntos, básteme decir que responden en el fondo a una misma lógica: hay historias que no se pueden poner en duda. Ni la de las elites regionales ni la del movimiento armado. Las primeras, porque atentan contra la imagen que los grupos en el poder fomentan sobre sí mismos, y las segundas, porque todo material que trate de explicar la violencia, en lugar de aceptar la versión oficial, cae en el baúl sin fondo de la sospecha. Lamento no estar con ustedes.